

## LA REINA MARGARITA

(EL REY ENRIQUE VI.—SEGUNDA Y TERCERA PARTES)

En este retrato vemos á la misma Margarita ya reina y esposa de Enrique VI. El botoncillo se ha abierto y ahora es toda una lozana rosa; pero un repugnante gusano yace oculto en ella. Se ha hecho una mujer frívola y dura. Terrible, sin ejemplo en el mundo de la realidad como en el de la poesía, es la escena en que ofrece al lloroso York el horrible pañuelo empapado en la sangre de su hijo, y se burla de que pueda secar con él sus lágrimas. Espantosas son sus palabras:

Mira, York, este lienzo en sangre tinto,  
Que de Clifford valiente el duro acero  
Del pecho del doncel hizo brotase;  
Y si tus ojos por su muerte lloran,  
Te le doy por que enjugues tus mejillas.  
¡Ah, pobre York! Aunque te odiaba á muerte,  
He de sentir tu miserable estado.  
Ruégote llores, me pondrás gozosa.  
¡Qué! ¿El fiero corazón está tan seco  
Que una lágrima á Rudlan no dedica?  
¿Por qué sufrido estás y no frenético?

De ti me burlo y que tu furia estalle.  
Pelea y ruge, mientras canto y bailo (1).

Si el artista que ha dibujado la bella Margarita para esta galería la hubiera representado con los labios un poco más abiertos, podríamos reparar en que tiene dientes aguzados como los animales carniceros.

En el siguiente drama, en *Ricardo III*, aparece ya físicamente horrible, pues el tiempo le ha arrebatado hasta los aguzados dientes; ya no puede morder, y si sólo maldecir; como las brujas y los espectros, vaga por las cámaras reales, y su desdentada y fea boca murmura infernales palabras y horriblas imprecaciones.

Shakespeare nos hace también saber que á causa de su amor á Suffolk, al rudo Suffolk, no disfrutó de tranquilidad alguna esta inhumana mujer. Cuanto más criminal es este amor tanto más debemos considerarle falto de verdad y de intimidad. Sin embargo, ¡qué arrebatadoramente bella es la despedida de los dos amantes! ¡Qué ternura hay en las palabras de Margarita!

¡Vete, no me hables, no! ¡Márchate al punto!  
¡Espera! Dos amigos condenados  
Diez mil veces se abrazan y se besan.  
¡La ausencia es peor cien veces que la muerte!  
¡Adiós, adiós, mi vida va contigo!

(1) Parte tercera, acto 1.º, escena 4.ª

Suffolk contesta :

¡Qué importa en qué país, si en él te encuentro!  
Un desierto le juzga bien poblado  
Suffolk en tu celeste compañía;  
Do tú estás allí solo el mundo se halla,  
Con cada uno y todos sus placeres;  
Do tú no estás, desolación hay sólo (1).

Cuando después, con la ensangrentada cabeza de su amado en la mano, expresa Margarita su salvaje desesperación, nos recuerda á la terrible Chriemhilda de la leyenda de los Nibelungos. ¡Qué acorazado dolor, para expresar el cual, las más hiperbólicas palabras resultan impotentes!

Ya he indicado, de paso, que prescindiría de todo género de consideraciones históricas y filosóficas respecto á los dramas de Shakespeare, fundados en la historia de Inglaterra. El tema de estos dramas no será completamente dilucidado en tanto que dure la lucha de las modernas necesidades industriales con los restos del feudalismo de la Edad Media, en todas sus diversas transformaciones. Aquí no es tan fácil como en los dramas romanos formular un juicio determinado, y cualquier sinceridad podría ser mal acogida. No rehusaré, sin embargo, una observación única.

Es incomprendible para mí cómo algunos comentaristas alemanes se declaran decididamente partidarios de los ingleses cuando hablan de esas guerras con

(1) Segunda parte. Acto 3.º Escena 2.ª

Francia que se hallan representadas en los dramas históricos de Shakespeare. Á la verdad, en esas guerras, ni el derecho ni la poesía estaban del lado de los ingleses que, por una parte, con el frívolo pretexto de sucesión ocultaban la más brutal sed de pillaje, y, por otra parte, las hacían en provecho de vulgares intereses mercantiles; lo mismo que en nuestros tiempos, sólo que en el siglo XIX se trataba más bien del café y del azúcar, y en los siglos XIV y XV de la lana de ovejas.

Michelet, en su libro genial titulado *Historia francesa*, dice textualmente:

«El secreto de las batallas de Crecy, de Poitiers, etc., se halla en los escritorios de los comerciantes de Londres, de Burdeos, de Brujas». ..... «La lana y la carne fundaron la primitiva Inglaterra y la raza inglesa. Antes de que Inglaterra fuese para el mundo todo un gran centro de tejidos de lana y manufacturas de hierro, era una fábrica de carnes. Siempre este pueblo se dedicó principalmente á la guarda del ganado y se alimentó con manjares de carne. De aquí esa frescura de color, esa belleza (de nariz corta y sin occipucio). Permitaseme recordar algunas impresiones personales acerca de este asunto.

»Había visitado Londres y una gran parte de Inglaterra y Escocia; había admirado más que comprendido. Antes de mi viaje de regreso, cuando fui de York á Manchester, atravesando la isla por su parte más ancha, me formé el concepto verdadero de Inglaterra. Era una mañana nebulosa y húmeda; la tierra, no sólo parecía rodeada por el Océano, sino sumergida

por él. El pálido sol apenas coloreaba la mitad del paisaje. Las casas nuevas de ladrillo rojo contrastaban por doquier con la jugosa y verde hierba; esos dos chillones colores eran los únicos que no podía desvanecer aquel ondulante mar de niebla. Suculentos pastos cubiertos de ovejas, y arriba las flamantes chimeneas de los hornos de las fábricas. Ganadería, agricultura, industria, todo se confundía en aquel pequeño espacio, una sobre otra, una alimentando á la otra; el césped vivía de la niebla, la oveja del césped, el hombre de sangre.

»En este clima devorador, siempre azotado por el hambre, sólo por medio del trabajo puede el hombre prolongar su vida. La naturaleza le obliga á él. Pero él sabe burlarse de ella: la hace trabajar, subjugándola con el hierro y el fuego. Toda Inglaterra jadea en esta lucha. El hombre está allí como encolerizado, como fuera de sí. Mirad ese rojo semblante, esos brillantes y errabundos ojos... Pudiera fácilmente creerse que está ebrio. Pero su cabeza y su mano están firmes y seguras. Sólo está ebrio de sangre y de fuerza. Se trata á sí propio como una máquina de vapor, á la que atraca desmedidamente de alimento para obtener más actividad y rapidez de la que otro cualquiera pudiera conseguir de ella.

»En la Edad Media era el inglés poco más ó menos lo que ahora, excesivamente alimentado, inclinado al comercio y guerrero á falta de ocupación industrial.

»Inglaterra, aunque inclinada á la agricultura y á la ganadería, aun no fabricaba. Carecían los ingleses de primera materia; sabían trabajar en otras cosas. La

lana estaba á un lado del canal, el trabajador estaba al otro. Mientras que los príncipes guerreaban y se querellaban, los tratantes en ganados ingleses y los fabricantes de paños flamencos vivían en la mejor armonía y en la más indestructible alianza. Los franceses, que quisieron romper esta liga, tuvieron que expiar esta fatuidad con un siglo de guerra. Cierta es que los monarcas ingleses quisieron conquistar la Francia, pero el pueblo sólo deseaba la libertad de comercio, lugares de libre importación, mercados libres para la lana inglesa. Reunidos en torno de un gran saco de lana celebraron consejo los Comunes acerca de las exigencias del monarca, y de buen grado le concedieron cuantioso subsidio en dinero y en ejércitos.

»Semejante mezcla de industria y caballería da extraño aspecto á toda esta historia. Aquel Eduardo que sobre la mesa redonda (1) hizo el orgulloso juramento de conquistar la Francia; aquellos gravetontos caballeros que llevaban, al perseguir el logro de su oferta, un ojo cubierto con un paño encarnado, no son locos tan desatinados, como á costa nuestra lo mostraron en el campo de batalla. La piadosa bonhomía de las cruzadas no era ya propia de esta época. Estos caballeros no son en el fondo más que mercantiles mercenarios, pagados agentes de comercio, viajantes armados por los mercaderes de Londres y de Gante. El mismo

(1) Es un error llamar á la Orden fundada por este Eduardo, *Caballeros de la tabla redonda*, puesto que *table* (francés é inglés) y *tavola* (italiano), no significan más que *mesa*. En el texto se ve el origen de la denominación.

Eduardo tiene que allanarse mucho, tiene que prescindir de toda altivez, tiene que obtener con halagos el beneplácito de los gremios de tejedores y comerciantes de paños, tiene que descender hasta su compadre el cervecero Artevelde, el de la mano cortada (1), hasta la mesa escritorio de un tratante en ganados para hablar al pueblo.

»Las tragedias inglesas del siglo XIV tienen cosas muy cómicas. En cada uno de aquellos nobilísimos caballeros hay algo de Falstaff. En Francia, en Italia, en España, en los hermosos países del Sur, muéstranse los ingleses tan glotones como valientes. Son el Hércules devorador de bueyes. Vienen, en el verdadero sentido de la palabra, á comerse el país; pero éste ejerce represalias y triunfa por medio de sus frutos y sus vinos. Sus príncipes y armadas se atiborran de comer y beber y mueren de indigestión y de disentería».

Compárese con estos héroes asalariados y glotones á los franceses, el pueblo más sobrio, que menos se embriaga con sus vinos, si bien mucho más con su natural entusiasmo. Este ha sido siempre la causa de sus desgracias históricas (2), y así vemos ya á mediados del siglo XIV, cómo, en lucha con los ingleses, fueron vencidos precisamente por exceso de caballería. En Crecy fué donde los franceses aparecieron más caballeros en su derrota que los ingleses en su victo-

(1) Origen del nombre de la ciudad de Amberes, latín ANTWERPIA (*Hand-werpen*).

(2) Y de las nuestras también. ¡Qué desgraciada actualidad tienen para nosotros estas páginas!

ria, pues de nada caballeresca manera pelearon, sino á pie. Hasta entonces había sido la guerra nada más que un gran torneo de caballeros de igual noble nacimiento; pero en Crecy, esa caballería romántica, esa poesía fué ignominiosamente fusilada por la infantería moderna, por la prosa, en el severo y usado modo de pelear; sí, aquí hacen también su aparición los cañones. El anciano rey de Bohemia, que ciego y cargado de años, asistió á esta batalla como vasallo de Francia, observó bien que comenzaba una nueva época, que la caballería tocaba á su fin, que el vigor del hombre y el caballo sería sobrepujado por el del hombre á pie, y habló así á sus caballeros: «¡Ruegoos encarecidamente que me sigáis mientras os sea posible en el combate, que todavía puedo matar con un buen tajo de mi espada!» Le oyeron, unieron sus caballos al del monarca, corrieron con él á la bárbara pelea, y á la mañana siguiente encontróse á todos muertos sobre los cadáveres de sus caballos, todavía unidos entre sí.

Como este rey de Bohemia y sus caballeros, cayeron los franceses en Crecy y en Poitiers; murieron, pero á caballo. De los ingleses fué el triunfo, de los franceses la gloria. Sí, hasta en su derrota saben los franceses hacer sombra á sus contrarios. Los triunfos de los ingleses son siempre una vergüenza para la humanidad, desde los días de Crecy y de Poitiers, hasta el de Waterloo. Clío es siempre mujer, y á pesar de su fría imparcialidad, siempre le son simpáticas la caballería y el heroísmo, y convencido estoy de que, sólo con el corazón estremeado, consigna en sus recordatorias tablas las victorias de los ingleses.

## LADY GRAY

(EL REY ENRIQUE VI. — TERCERA PARTE)

Era ésta una pobre viuda, que se presentó temblando ante el rey Eduardo á suplicarle devolviese á sus hijos unos cortos bienes que á la muerte de su marido habían caído en poder de un enemigo. El voluptuoso rey, que no pudo amansar su castidad salvaje, tan encantado quedó de sus hermosas lágrimas, que le puso la corona en la cabeza. La historia cuenta cuántos pesares acarreó este acto á uno y otro.

¿Ha pintado realmente Shakespeare con histórica fidelidad el carácter del citado rey? Habré de recordar la observación que hice de que sabía llenar los vacíos de la historia. Sus caracteres de reyes están siempre tan bien dibujados, que, según observa un escritor inglés, muchas veces es cosa de pensar que haya sido durante toda su vida ese canciller del rey que hace actuar en alguno de sus dramas. Habla en pro de la verdad de la pintura la admirable semejanza que existe entre sus antiguos reyes y los reyes actuales, que como contemporáneos podemos juzgarlos mejor.

Lo que Federico Schlegel dice del historiador, es propia y completamente aplicable á nuestro poeta: «Es un profeta que mira á lo pasado». Si permitido

me fuera poner el espejo delante á uno de nuestros más famosos contemporáneos coronados, vería que Shakespeare, doscientos años ha, había trazado su retrato. En efecto, al considerar á éste grande, excelente y hasta seguramente glorioso monarca, nos asalta ese cierto sentimiento de terror que á veces experimentamos cuando á la clara luz del día encontramos una figura que ya en el nocturno sueño hemos visto. Cuando le vimos, hace ocho años, á caballo por las calles de la capital, «descubierta la cabeza y saludando humildemente á todos lados», pensamos una vez más en las palabras con que pinta York la entrada de Bolingbroke en Londres (1). Su primo, el nuevo Ricardo II, le conoció muy bien, no apartaba de él sus ojos, y decía como el antiguo :

Nosotros mismos, Green, Bagot y Bushy,  
 Vimos lo que del pueblo demandaba,  
 Cómo quería su favor ganarse  
 Con su cordial y humilde cortesía;  
 Qué aprecio dispensaba á los vasallos;  
 Su sonrisa captábase al obrero,  
 Y recompensa, al esperar tranquilo,  
 Su ambición desterrar ya se figura.  
 Descubrióse cortés ante una ostrera;  
 Dos carreros le dicen : «¡Dios os guíe!»  
 Y él, al verlos que doblan la rodilla,  
 ¡Gracias, buenos amigos; muchas gracias!

(1) Probablemente se trata de Federico Guillermo III de Prusia, que reinó cuarenta y dos años (1798-1840).

Sí, es terrible la semejanza. Completamente como el antiguo, se desplegaba ante nuestros ojos el actual Bolingbroke, que después de la caída de su real primo escaló el trono, y poco á poco se iba afirmando en él : un héroe hábil, un gigante rastrero, un titán del disimulo, terrible, que sube tranquilo, sí, con las garras enguantadas y con ellas acariciando el manifiesto pensamiento, acechando de lejos el botín y no saltando nunca sobre él hasta que no lo tiene cerca y seguro. Quizá logre vencer siempre á sus fatigados enemigos y mantener la paz del reino hasta la hora de su muerte, en la que dirá á su hijo aquellas palabras que ha tiempo Shakespeare escribió para él :

Ven, hijo mío, siéntate en mi lecho,  
 Y oye el consejo último, que pronto  
 Creo voy á morir. Hijo, Dios sabe  
 Por qué secretas y tortuosos vías  
 La corona logré; sé por mí mismo  
 Lo que pesó también sobre mi frente.  
 Pasa á ti ya, de hoy más, con más reposo,  
 Mejor razón y con sanción más firme;  
 Las manchas del lograr conmigo bajan  
 A la tumba. Una honra en ella viendo  
 De la corona así con fuerte mano;  
 Muchos también instáronme oficiosos,  
 Para que con su auxilio la adquiriera;  
 Luchas moví y aun derramé la sangre,  
 A la par prefiriendo herir sañudo.  
 En aquestos horrores, cual no ignoras,  
 He perdurado á riesgo de mi vida;

Pues todo mi gobierno fué comedia,  
 Mi papel declamé, mas ahora todo  
 Mi muerte va á cambiar; lo que usurpara  
 Recae en ti con más bello derecho,  
 Pues por herencia llevas la corona.  
 Si seguro te ves, más que yo un día,  
 Bastante no lo estás mientras las quejas  
 Recientes aun subsistan; mis amigos,  
 Que también tus amigos hacer debes,  
 Son dientes y aguijón poco ha embotados,  
 Que me ayudaron con valiente esfuerzo,  
 Pero cuyo poder temor infunde  
 De otra destitución; para evitarla  
 Los degradé y hasta pensé cuidadoso  
 Muchos de ellos llevar á Palestina,  
 No en silencio y tranquilos, aquí cerca  
 Mi gobierno juzgasen. Hijo mío,  
 Ocupa siempre al que en su fe vacila  
 En lucha ajena, que al que lejos lucha  
 Los pasados recuerdos se le borran.  
 Mas no puedo; mi aliento ves se acaba,  
 Y á más largo discurso ya se niega.  
 ¡Cómo al trono subí, mi Dios, olvida!  
 ¡La verdadera paz dame en tu seno!

## LADY ANA

(EL REY RICARDO III)

El favor de las mujeres, como la dicha, por lo general es un don libre, que se recibe sin saber cómo y sin saber por qué. Pero hay hombres que pretenden arrancársele al destino á fuerza de bravatas, y éstas consiguen su objeto; bien por medio de caricias, bien infundiendo miedo á las mujeres ó bien excitando su compasión les proporcionan ocasión de sacrificarse. Esto último, el ser sacrificadas, es el papel de que más gustan las mujeres; ¡viste tan bien ante las gentes y les guarda también en la soledad tantos lacrimosos y dolorosos goces!

Lady Ana fué vencida por todos esos medios al mismo tiempo. ¡Qué miel virgen brotaba de las cariñosas palabras de los temibles labios! Ricardo la acarició, el mismo Ricardo que le inspiraba todos los terrores del infierno, que había dado muerte á su amado esposo y á su paternal amigo, que á ella misma la llevó á la tumba. Mandó con voz imperiosa á los que conducían el cadáver que dejaran el féretro, y en este momento dirigió su amorosa demanda á la bella compasiva. El cordero miró con terror los carnívoros dientes del lobo, pero éste aguzó de pronto el hocico para emitir los más acariciadores aullidos.

Las cariñosas manifestaciones del lobo hicieron estremecer de tal modo al pobre cordero, de tal manera le embriagaron, que todos sus sentimientos experimentaron en ella un cambio repentino. El rey Ricardo habló de sus penas, de sus sufrimientos, de modo que Ana no pudo negarle su compasión, tanto más cuanto este hombre feroz no era quejumbón por naturaleza. Este infeliz asesino tiene remordimientos, habla de arrepentirse; una buena mujer podía quizá guiarle por el mejor camino, si quisiera sacrificarse por él, y Ana se decidió á ser reina de Inglaterra.

## LA REINA CATALINA

(EL REY ENRIQUE VIII)

Tengo una invencible prevención contra esta princesa, cuyas altísimas virtudes, no obstante, debo reconocer. Como esposa fué un modelo de fidelidad conyugal. Como reina se condujo con la mayor dignidad y majestad. Como cristiana fué la piedad misma. Pero al Dr. Johnson le inspiró el elogio más inmenso; ésta es, entre todas las mujeres de Shakespeare, el amor de sus amores, y habla de ella con ternura y emoción. Esto es insoportable.

Shakespeare ha consagrado todo el poder de su genio en magnificar á la pobre señora, pero este trabajo queda reducido á nada cuando se ve que el Dr. Johnson, el gran cántaro de cerveza, es presa del más dulce arrebató al considerarla, y espumarajea los más altos elogios. Si fuera mi esposa creo que me separaba de ella con motivo de tan encomiásticas frases.

Tal vez no fué por los encantos de Ana Bullen (1) por lo que el pobre rey Enrique se divorció, sino por el entusiasmo con que se expresara algún Dr. Johnson

(1) Castellanzado vulgarménte bajo la forma de *Ana Bolena*, mas los apellidos no deben traducirse.



de entonces elogiando á la fiel, dignísima y piadosa Catalina. ¿Acaso Tomás Morus que, á pesar de toda su excelencia era algo pedante y tan fastidioso é indigesto como el Dr. Johnson, elevó hasta los cielos á la reina? Ciertamente pudo costarle caro su entusiasmo al austero canciller; no obstante, el rey le elogió por ello otro tanto.

No sé lo que más debo admirar: si el que Catalina soportara á su esposo durante quince años, ó que él soportara á su esposa durante tanto tiempo. El rey, no sólo era muy caprichoso y fácilmente irritable, sino que estaba en contradicción perpetua con todas las inclinaciones y gustos de su mujer. Esto lo vemos en muchos matrimonios que se llevan perfectamente, á pesar de vivir en perpetua querrela; pero el rey era también músico y teólogo, y en ambas cosas completamente digno de lástima. Hace tiempo, y como regocijada curiosidad, he oído un coral suyo, y, en efecto, es tan malo como su tratado *De septem sacramentis*. Seguro es que debía tener aburridísima á la pobre señora con sus composiciones musicales y sus escritos teológicos.

Lo mejor en Enrique era su afición por las artes plásticas, y en su predilección por la belleza estribaban quizá sus peores simpatías y antipatías. Catalina de Aragón era tan linda á los veinticuatro años, como Enrique lo era á los diez y ocho, y se casaron, aunque ella era ya viuda de su hermano. Pero su belleza no aumentó probablemente con los años, tanto más, cuanto que ella maceraba sus carnes con flagelaciones, ayunos, vigiliias y pesares. Quejábase con harta fre-

cuencia su esposo de estos ascéticos ejercicios, y creemos que, en efecto, debían ser muy perjudiciales á una mujer.

Pero aun hay otra circunstancia que fortalece mi juicio en contra de esta reina. Era hija de Isabel de Castilla y madre de la sanguinaria María. ¿Qué he de pensar del árbol procedente de tan mala semilla, y que tan mal fruto produjo? (1).

Aunque no se encuentra en la historia huella alguna de su crueldad, manifiéstase á cada paso la fiera altivez de su raza, en cuanto se refiere á su rango ó puede afectarle. Á pesar de tantos ejercicios de humildad cristiana, montaba alguna vez en casi pagana cólera, cuando se cometía alguna falta contra la etiqueta tradicional ó cuando se le negaba el título de reina. Hasta la muerte conservó esta ingénita altivez, y, según Shakespeare, estas son sus últimas palabras:

.... Embalsamadme.

Si reina sin corona, ¡mi sepulcro  
De reina debe ser hija de reyes!

(1) La semilla era buena; el injerto fué el malo, y de ahí el fruto. Heine no habla aquí como alemán, sino como hebreo, y recuerda en Isabel la Católica á la que arrojara á los judíos, á la que estableciera la Inquisición. Por poco no alcanza á ver en su país actuar la protestante. Su odio está fresco. Por lo demás, reconoce que la historia no presenta á Catalina como cruel, sino como altiva, con la hermosa altivez castellana que encontró un entusiasta admirador en el gran poeta inglés.

## ANA BULLEN

(EL REY ENRIQUE VIII)

Aquí viene á cuento la opinión vulgar de que el rey Enrique tenía remordimientos de conciencia por haber roto su matrimonio con Catalina á causa de los encantos de la bella Ana. También Shakespeare participa de esta opinión, y cuando en la comitiva de la coronación aparece la nueva reina, pone en boca de un noble doncel las siguientes palabras :

..... ¡Dios te bendiga!

¡Jamás vi como el suyo dulce rostro!  
Por mi vida, Señor, parece un ángel.  
El rey tiene las Indias en sus brazos,  
Y mucho más, si á esa mujer estrecha.  
Su conciencia no tacho.

El poeta nos da, en la escena siguiente, una idea de la belleza de Ana Bullen, y en ella describe el efecto que su vista produjo en el acto de la coronación.

Cuánto amaba Shakespeare á su soberana la alta Isabel, se ve quizá más que en nada en la escrupulosidad de los detalles con que presenta la coronación de su madre. Todos estos detalles sancionan el derecho de

la hija al trono, y el poeta supo hacer ver al público toda la legitimidad de su reina. Pero, ¿merecía esta reina tan amoroso celo? No creía olvidar en nada su dignidad real cuando consentía al poeta que presentase en la escena á sus antecesores, y aun á su propio padre con terrible imparcialidad. Y no sólo como reina, sino también como mujer, no quiso nunca atentar contra los derechos de la poesía; al par que toleraba á nuestro poeta las mayores libertades de expresión respecto á la política, y le exigía las frases más castas en lo que se refiere á las relaciones sexuales, no ponía reparo alguno á las más expansivas manifestaciones de una sana ingenuidad, y ella, *the maiden queen*, la virgen reina, deseaba que Sir John Falstaff se mostrase alguna vez enamorado. Sus risueñas advertencias me recuerdan *Las alegres comadres de Windsor*.

No pudo cerrar mejor Shakespeare la serie de sus dramas históricos que haciendo aparecer en escena al final del *Enrique VIII* á la recién nacida Isabel, como anuncio de un porvenir mejor.

Pero, ¿ha descrito realmente Shakespeare de un modo completamente histórico el carácter de Enrique VIII, padre de su reina? Si, aunque no con la desnuda franqueza que en sus restantes dramas; también aquí ha dicho la verdad, y si el toque es más delicado, en cambio esto hace más profundos los reproches.

Este Enrique VIII fué el peor de todos los reyes, pues en tanto que todos los otros malos príncipes sólo se enfurecían contra sus enemigos, éste se enfurecía contra sus amigos, y su amor era tan peligroso como su odio. Las historias matrimoniales de este regio

Barba-azul son terribles. Cuando mandó dar muerte á Ana Bullen, le hizo antes saber que le había procurado el más hábil verdugo de toda Inglaterra. La reina le agradeció sumisa tan tierna atención, y en el tono alegre y ligero que le era peculiar, rodeando con sus blancas manos su cuello, exclamó: Soy bien fácil de decapitar; no tengo más que un cuellecito corto y delgado.

Tampoco el hacha con que le cortaron la cabeza le tenía mayor. Me la enseñaron en la cámara posterior de la torre de Londres, y mientras la tenía en la mano se me ocurrieron extraños pensamientos.

Si yo fuera reina de Inglaterra hubiera hecho arrojar ese hacha al fondo del Océano.

## LADY MACBETH

(MACBETH)

Del drama propiamente histórico paso á esa tragedia cuya fábula, ó es pura invención, ó está basada en las antiguas *sagas* y novelas. *Macbeth* constituye una transición á esa poesía en que el genio del gran Shakespeare despliega sus alas con la mayor libertad y atrevimiento. La materia, aunque tomada de una antigua leyenda (1), tiene, no obstante, algunos derechos á la fe histórica, porque en ella intervenía el antiguo fundador de las casas reales de Inglaterra. *Macbeth* fué también representada bajo Jacobo I, el que, sabido es, pretendía descender del escocés Banquo. En este sentido ha entremezclado el poeta en su drama algunos vaticinios en honor de la dinastía reinante.

*Macbeth* es la obra favorita de los críticos, que encuentran en ella ocasión de discutir largo y tendido sus opiniones acerca del destino antiguo en la tragedia, en comparación con el concepto del *fatum* entre los trágicos modernos. Sólo me permitiré hacer una ligera observación sobre este asunto.

---

(1) De la *Crónica de Holinshed*, tragedia en latín, representada en la Universidad de Oxford (1605).

La idea del destino de Shakespeare es tan distinta de la de los antiguos como lo son las mujeres adivinatoras, las prometedoras de coronas de las antiguas leyendas noruegas que encuentran á Macbeth, de esa hermandad de brujas que vemos aparecer en la tragedia.

Esas mujeres extrañas, en las antiguas leyendas noruegas, son, á todas luces, walkirias, terribles diosas del aire que se ciernen sobre los campos de batalla, que reparten la victoria ó la derrota y que deben ser consideradas como verdaderas desviadoras del destino humano, pues de éstas dependía, las más veces, para el guerrero norso el resultado de un combate personal (1). Shakespeare las transformó en brujas perniciosas, las despojó de todas las terribles gracias de la mitología escandinava, convirtiéndolas en infames y equívocas mujeres que saben provocar visiones monstruosas y cometer crímenes, con infame y cruel alegría, ó por orden del infierno; son las servidoras del mal, y el que se deja alucinar por sus vaticinios da en el abismo en cuerpo y alma. Shakespeare ha traducido también al cristianismo las antiguas divinidades del destino pagano y sus imponentes y mágicas frases, y la perdición de su héroe no se verifica á causa de esa fatalidad predeterminada, de esa rígida inevitabilidad del antiguo *fatum*, sino que es la consecuencia de esa

(1) Como en el de Siemundo y Hunding en la *Walkiria* de Wagner. Tetralogía del *Anillo del Niebelungo*. Jornada primera acto segundo. Puede consultarse sobre este asunto el libro de Louis Pilate de Brinn'Gaubast. París, E. Dentu, 1894.

atracción del infierno que sabe aprisionar en sus finísimas redes el corazón humano: Macbeth sucumbe al poder de Satán, al genio del mal.

Es curioso comparar las brujas de Shakespeare con las de otro poeta inglés. Nótese que Shakespeare no supo emanciparse por completo de la manera de ver del paganismo antiguo, y por esto sus hermanas hechiceras resultan, por su origen, más grandiosas y más respetables que las brujas de Middleton; éstas revelan más bien un mal natural cortesano, obran con una perfidia más miserable, sólo dañan al cuerpo, tienen escaso poder sobre el espíritu, y á lo más saben endurecer nuestro corazón con celos, disgustos, concupiscencia y otras análogas manifestaciones de la sensibilidad.

La fama de Lady Macbeth, á quien durante dos siglos se ha tenido por una mala persona, se ha mejorado algo ha unos doce años en Alemania, y muy en ventaja suya. El piadoso Francisco Horn también hizo la observación en la revista de Brockhans, *Conversations-Blatt*, de que la pobre *Lady*, hasta ahora completamente desconocida, amaba mucho á su marido, y ante todo manifiesta un espíritu amoroso. Siguió esta opinión Luis Tieck, y la apoyó con toda su sabiduría, erudición y profundidad filosófica, y, poco tiempo después, vimos á Madame Stich en el Teatro Real arrullar apasionadamente como una tórtola, haciendo el papel de Lady Macbeth de tal modo, que no quedó corazón en Berlín que no se conmoviera ante aquellos acentos de ternura, y muchos ojos derramaron lágrimas ante el aspecto del buen Macbeth.

Esto ocurrió, como digo, ha unos doce años en aquella dulce época de la restauración, en que teníamos en el cuerpo tantos amores.

De entonces acá ha habido una verdadera bancarrota, y la generalidad tiene la culpa de que no consagramos ahora á cierta coronada persona el amor que se merece, y que, como la reina de Escocia, desbalijó completamente nuestros corazones durante el período de la restauración.

No sé si sigue aún agitándose en Alemania la cuestión de la amabilidad de la citada Lady Macbeth. Desde la revolución de Julio se han cambiado los pareceres acerca de muchas cosas, y quizá se ha llegado á ver también en Berlín que los buenos Macbeth son una mala bestia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## OFELIA

(HAMLET)

Esta es la pobre Ofelia á quien el danés Hamlet amara.

Era una muchacha rubia y bella, especialmente había en sus palabras un encanto que me conmovía el corazón ya entonces, cuando quise ir á Wittenberg, á casa de su padre, para saludarle. El anciano señor era tan bondadoso, que me dió, para el camino, todos aquellos consejos de que él hacía poco uso, y, por último, dijo á Ofelia que nos trajera vino para, á fuerza de beber, hacer menos dolorosa la despedida.

Cuando la amable niña, pudorosa y encantadora, llegó ante mí con la bandeja, y alzó sus grandes y radiantes ojos, en mi distracción, tomé una copa vacía en vez de una llena. Sonrió ante mi equivocación. Su sonrisa era ya entonces admirablemente brillante, y cubriéronse sus labios con ese matiz embriagador que probablemente debe su origen al beso de los *elfos* que acechaban desde los ángulos de su boca.

Cuando volví de Wittenberg, como la sonrisa de Ofelia se me representaba en todo su esplendor, olvidé todas las sutilezas escolásticas, y mis disquisiciones consistían sólo en estas amorosas preguntas: ¿Qué

significa esa sonrisa? ¿Qué significa esa voz, ese misterioso y tenue sonido aflautado? ¿De dónde tomaron aquellos ojos sus celestiales rayos? ¿Es un reflejo del cielo, ó resplandece el cielo solamente por el reflejo de esos ojos? ¿Está esa sonrisa en relación con la muda música del baile de las esferas, ó es sólo la notación terrestre de sus suprasensibles armonías? Un día, en que paseábamos por el jardín del castillo en Helsingör, bromeando y conversando tiernamente... No puedo olvidarlo, ¡qué miserablemente contrastaba el canto del ruiseñor con el hálito celestial de la voz de Ofelia, y qué pobres é inexpressivas parecían las flores con sus pintados semblantes, sin sonrisa, si se las comparaba con la boca celestial de Ofelia! ¡Qué aérea y amorosamente se balanceaba su esbelto talle al marchar á mi lado!

Sí, es la maldición de los hombres débiles que, cuando una iniquidad les sale al paso, descargan su enojo siempre sobre lo mejor y más amado que poseen. El pobre Hamlet destruyó primero su inteligencia, su más excelsa joya, se precipitó á sí propio, al afectar extravíos mentales, en el abismo terrible de la locura verdadera, y atormentó á su pobre amada con el aguijón de sus melosos discursos. ¡Pobre niña! Faltaba aún que el amado tomara á su padre por un ratón y le atravesase. ¡Entonces precisamente debió ella volver en su acuerdo! Pero su extravío no es tan negro ni se incubaba en la obscuridad como el de Hamlet, sino que revolotea en torno de su cerebro enfermo, suavizándose con dulces canciones. Su dulce voz se disuelve completamente en cantos, y flores y más flores se en-

trecruzan en todos sus pensamientos. Canta y teje coronas y adorna con ellas su frente, y sonríe con su radiante sonrisa. ¡Pobre niña!

Sobre el arroyo dóblanse los sauces,  
La clara linfa su follaje pinta,  
Con que teje fantásticas coronas  
De ortigas, margaritas y ranúnculos.  
Encaramóse á las frondosas ramas,  
De las ya casi inmersas suspendióse,  
Y, al quebrarse una débil, se sepultan  
Sus silvestres trofeos y ella misma  
En las aguas llorosas. Sus vestidos  
Del líquido al henchirse, dilatados,  
Sostiénenla un instante cual sirena,  
Y ella entretanto antiguos aires canta,  
Sin la noción del inminente riesgo,  
Como un ser que naciera con destino  
Para elemento tal. Pero bien pronto  
Las hidrópicas telas de su traje  
A la niña infeliz, desde su canto  
Hacen pasar á la fangosa muerte.

Pero, ¡á qué contaros esta penosísima historia! La conozco toda desde mi juventud más temprana, y la he llorado con frecuencia sobre la antigua tragedia del danés Hamlet, que amaba á la pobre Ofelia; que la amaba más que pudieran amarla mil hermanos en su amor colectivo. Enloqueció por habérsele presentado el espectro de su padre; porque el mundo huyó de sus ojos, y se sintió demasiado débil para volverle á hacer

entrar en sí mismo; porque en la alemana Wittenberg había sabido, sin género alguno de duda, sus amores, y estaba en la duda de si debía volverse loco ó cometer un acto de violencia, y porque, sobre todo, como hombre llevaba en sí gran propensión á la locura.

Conocemos á ese Hamlet como conocemos nuestra propia cara, que con frecuencia tal la vemos en el espejo, y que, no obstante, no es menos conocida de lo que pudiéramos creer; pues si encontráramos en la calle á uno que fuera nuestro vivo retrato, miraríamos estupefactos su extraño y, no obstante, bien conocido semblante, de un modo instintivo y con terror secreto, pero sin reparar en que eran los rasgos de nuestro propio rostro los que estábamos mirando (1).

(1) Heine confunde aquí intencionalmente con los de la Ofe-  
lia de Shakespeare, una aventura de amor suya.

## CORDELIA

(EL REY LEAR)

En esta obra, dice un escritor inglés, hay lazos y trampas para el lector. Esta tragedia, observa otro, es un laberinto en que el comentador se pierde, y hasta puede correr el peligro del minotauro, de ser estrangulado en él; quizá sólo en propia defensa debe usar la vara de medir de la crítica. Y, en efecto, siempre es arriesgada empresa el criticar á Shakespeare, á él, cuyas palabras nos salen siempre al encuentro, riéndose de la crítica más sutil de nuestros propios pensamientos y actos. Es casi imposible juzgarle en esta tragedia en que su genio se eleva en raudo vuelo á las más vertiginosas alturas.

Á las puertas de esta maravillosa fábrica, á la exposición, es á lo único que me atrevo á llegar, que ya basta para producirnos asombro; porque, sobre todo, son admirables las exposiciones de las tragedias de Shakespeare. Por medio de estas primeras escenas de introducción se nos arranca á nuestros sentimientos y pensamientos habituales, y se nos coloca en medio de esos extraordinarios acontecimientos con que el poeta quiere sacudir y purificar nuestra alma. Así comienza la tragedia de Macbeth con el encuentro de las brujas,